

TISBE. Un amigo suyo de Vicenza que se llama Anafesto Galeofa.

ANGELO. ¿Y cómo se llama vuestro hermano?

TISBE. Se llama Rodolfo, monseñor; os lo he dicho ya muchas veces. ¿No teneis nada más importante que decirme?

ANGELO. No os importunaré haciéndoos más preguntas. Ayer representásteis el papel de Rosmunda con admirable gracia. Esta ciudad es dichosa poseyéndoo, y la Italia entera envidia á los paduanos. Ay Tisbe! Los aplausos que os prodigan son amargos para mí, porque me abraso de celos cuando pienso que tantos ojos gozan de vuestra hermosura. Decidme, Tisbe, ¿quién era aquel enmascarado que os habló esta noche?

TISBE. Me acabais de prometer no importunarme más preguntándome, pero quiero satisfacer vuestra curiosidad. El que me hablaba era Virgilio Tasca.

ANGELO. Mi lugarteniente?

TISBE. Vuestro esbirro.

ANGELO. Y de qué hablábais?

TISBE. Buen chasco os llevaríais si se me antojase decíroslo.

ANGELO. Tisbe!

TISBE. Calmaos; soy condescendiente y voy á referíroslo. Sabeis que yo soy una mujer de la plebe, una cómica, un juguete que hoy os entretiene y que mañana rompereis; pues á pesar de lo poco que soy, he tenido madre. ¿Sabeis lo que es tener una madre? Pues tener una madre es poseer el único cariño del mundo; es concentrar en él todos los cariños. Mi madre era una pobre mujer viuda, que cantaba canciones morlicas en las plazas públicas de Brescia. Yo la acompañaba, nos daban algunas monedas, y este fué el principio de mi carrera. Mi madre acostumbraba á sentarse al pié de la estatua de Gata Melata. Parece que los versos que cantaba sin comprenderlos contenían alusiones ofensivas á la señoría de Venecia, y esto hacia reír estrepitosamente á los criados de un embajador que nos estaban escuchando. Acertó á pasar entonces un senador, oyó los versos que recitaba mi madre y dijo á un capitán que le seguía: "Llevad á la horca á esa mujer.", En Venecia no tardan en ser ejecutadas semejantes órdenes. Se apoderaron de mi madre, que no habló una sola palabra; me abrazó, me besó llorando, tomó su crucifijo y se dejó maniatar. Lo recuerdo como si lo viese aun: era un crucifijo de cobre bruñido, que tenía mi nombre grose-

ramente esculpido en la parte inferior con la punta de un puñal. Entonces tenía yo diez y seis años, y contemplaba inmóvil y petrificada cómo los sayones ataban á mi madre. Todos los que lo presenciaban callaban también. El senador llevaba de la mano á una niña, que era su hija sin duda, y que se compadeció de nosotras. La hermosísima niña se abrazó á las rodillas del senador, lloró y suplicó tanto, que llegó á conseguir el perdón de mi madre. Cuando mi madre se vió libre, tomó el crucifijo y se lo entregó á la hermosa niña, diciéndola: "Guardad este crucifijo, que os atraerá la felicidad.", Poco tiempo despues murió mi madre; luego yo me he enriquecido, y quisiera volver á encontrar á aquella niña, á aquel ángel que la salvó la vida y que ahora ya será mujer, y por lo tanto desventurada. Tal vez yo pudiera servirla de algo. A todas partes donde voy refiero siempre este suceso, y al que encuentre á dicha mujer ofrezco siempre darle diez mil cequíes de oro. Esto es lo que estaba contando á vuestro esbirro Virgilio Tasca.

ANGELO. Diez mil cequíes de oro? ¿Pues qué daríais á esa mujer si la encontráseis?

TISBE. Mi vida si la quiere.

ANGELO. ¿Y creéis que podreis reconocerla?

TISBE. Sí, por el crucifijo que le dió mi madre.

ANGELO. Y si lo ha perdido?

TISBE. No se pierde lo que se gana de ese modo.

ANGELO. (Reparando en HOMODEI.) ¿Sabeis, señora, quién es ese hombre que está dormido ahí en el banco?

TISBE. (Riendo.) Sí, monseñor; ese hombre duerme, y duerme profundamente. No os incomodeis, que es mi pobre Homodei.

ANGELO. Quién es Homodei?

TISBE. Homodei es un histrion, como la Tisbe es una cómica; es un pobre guitarrista que el señor primiciero de San Marcos me ha recomendado en una carta que os enseñaré, á cuya carta acompañaba un regalo.

ANGELO. Un regalo!

TISBE. Un verdadero regalo veneciano; una cajita que encerraba dos redomas, una blanca y otra negra. Contiene la blanca un narcótico muy activo, que durante doce horas infunde un sueño semejante á la muerte; contiene la negra un veneno terrible, el veneno que Malaspina dió al Papa en una píldora de ací-

bar, como ya sabeis. Me escribe el señor primiciero que su regalo me puede ser útil en algun caso, añadiendo que el pobre guitarrista, portador de la carta y del regalo, es un verdadero idiota. Quince dias hace que se encuentra aquí, y pudiérais haberle visto, porque come en mi casa, duerme al aire libre, donde le viene á mano, y anda por ahí tocando y cantando. Viene de Venecia y pasa la vida de pueblo en pueblo como mi madre. Estará conmigo todo el tiempo que quiera. Esta noche ha entretenido algun rato á los convidados, pero como debe gustarle poco la fiesta, se ha dormido.

ANGELO. ¿Me respondeis de ese hombre?

TISBE. ¡Vaya un motivo para estar celoso! Os digo que es un guitarrista, un idiota y un hombre que se duerme en una fiesta. Decidme por Dios, señor podestá, qué temeis ó qué os inquieta. De todos sospechais. ¿Teneis celos ó teneis miedo?

ANGELO. Las dos cosas.

TISBE. Los celos los comprendo, aunque no comprendo que esteis celoso de dos mujeres; pero el miedo es incomprendible, porque vos sois aquí el señor y todos os temen.

ANGELO. Pues eso es lo que me hace temblar.

Se aproxima á TISBE y la habla en voz más baja.

Oidme, Tisbe. Como acabais de decir, soy el señor, el déspota, el soberano de la ciudad, soy el podestá con que Venecia sujeta á Pádua; pero á pesar de ser tan absoluto, impera sobre mí un poder grande, terrible y tenebroso. El poder de Venecia. Sabeis lo que es Venecia? Pues Venecia es la Inquisicion de Estado, es el Consejo de los Diez. Esto hay que decirlo en voz baja. Componen ese Consejo hombres que nadie conoce, pero que nos conocen á todos; hombres invisibles en las ceremonias y visibles en los cadalsos; hombres que tienen en su poder todas las cabezas, desde la más insignificante hasta la del dux; que no llevan toga, ni corona, ni estola, ni nada que los haga conocer; lo más que usan es una señal misteriosa; en todas partes tienen agentes, esbirros y verdugos. Hombres que denuncien. Despues de la denuncia viene la prision, despues de la prision, la muerte. En Venecia todo se ejecuta misteriosa y secretamente. Se condena y se ejecuta sin que nadie lo vea, sin que nadie lo diga; el paciente lleva una mordaza y el verdugo una máscara. Así desaparecen muchos hom-

bres en Venecia. Si falta de repente un hombre en una familia y no se sabe qué ha sido de él, preguntádselo á los plomos, á los pozos, al canal Orfano. Cuando de noche oigais caer algo en el agua, no os detengais, seguid vuestro camino. Pero como contraste, Venecia rie en sus bailes, en sus festines, en sus iluminaciones, en sus góndolas, en sus músicas, en sus teatros, en su carnaval de cinco meses. Ese es el aspecto de Venecia que conoceis, mi querida Tisbe, mientras que yo, como senador, conozco el otro. Estoy oprimido, Tisbe; domino á Pádua, pero á mí me domina Venecia; ésta me prescribe el rigor y me ordena que sea tirano. No me pidais nunca ningun perdón, porque yo, que nada os niego, os lo tendria que negar; para castigar tengo todos los poderes, pero no para perdonar. Soy tirano de Pádua y esclavo de Venecia. El paje que me sirve me espía, me espía el amigo que me saluda, el sacerdote que me aconseja y la mujer que me dice "te amo," me espían también.

TISBE. Monseñor, qué decís!

ANGELO. No me refiero á vos, Tisbe, que jamás me habeis dicho que me amais. Todo cuanto me mira es un ojo del Consejo de los Diez, todo cuanto me escucha es un oído del Consejo de los Diez, todo cuanto me toca es una mano del Consejo de los Diez; pero mano tremenda, que empieza por tantear y agarra despues de repente. Soy el magnifico podestá, pero no estoy libre de que aparezca mañana en mi cámara un miserable esbirro que me mande seguirle, y que le tenga que seguir á un sitio secreto y profundo del cual él saldrá solo. Estar en Venecia es vivir pendiente de un hilo, y es mi posición sombría estar inclinado sobre el horno ardiente que llamais Pádua, con la cara cubierta siempre con la máscara, representando el papel de tirano, rodeado de peligros, de precauciones y de terrores, temiendo sin cesar alguna explosion y que me mate mi propia obra, como mata al alquimista su veneno. Compadecedme, pues, Tisbe, y no me preguntéis por qué tiemblo.

TISBE. Terrible es vuestra posición.

ANGELO. Soy el instrumento con que un pueblo tortura á otro, instrumento que puede gastarse y romperse; solo una cosa grata existe para mí en el mundo, y ésta sois vos, aunque conozco que no me amais. ¿Pero verdad que no amais á otro?

TISBE. No, no; tranquilizaos.

ANGELO. ¡Me decís que no con tanta frialdad!

TISBE. Os lo digo como sé.

ANGELO. Consiento en que no seáis mía, con tal de que no seáis de otro. Que nunca llegue yo á saber que otro...

TISBE. ¿Os figurais estar hermoso cuando me hablais así?

ANGELO. Pero Tisbe, ¿cuándo me amareis?

TISBE. Cuando en Pádua os quieran todos.

ANGELO. Pues bien, deseo que os quedeis en esta ciudad; lo oís? Si os vais de aquí os llevais mi vida. Hace ya tiempo que estamos hablando, y si se han fijado en nosotros podía dar sospechas á Venecia. Os dejo. (Parándose y señalando á HOMODEI.) ¿Me habeis dicho que me respondeis de ese hombre?

TISBE. Como de un niño que duerme.

ANGELO. Viene vuestro hermano; os dejo con él.

ESCENA II.

LA TISBE, RODOLFO, con traje negro y pluma del mismo color en el sombrero; HOMODEI, que sigue dormido.

TISBE. Ah, Rodolfo, Rodolfo! ¡A tí sí que te amo! (Mirando hácia donde salió ANGELO.) Tirano imbécil, no es mi hermano, es mi amante. Ven, Rodolfo, mi bravo soldado, mi noble proscrito, mi generoso doncel; mírame cara á cara; eres hermoso y te amo.

RODOLFO. Tisbe!...

TISBE. ¿Por qué quisiste venir á Pádua? Aquí hemos perdido la libertad; no podemos salir de aquí y hemos de fingir que eres mi hermano. El podestá se ha enamorado de tu Tisbe, nos tiene presos y no quiere soltarnos. Temo á cada momento que descubra la verdad; pero de todos modos nada conseguirá de mí ese tirano. Veo que no tienes celos; extraño que no estés celoso de mí.

ROD. Eres bella y generosa.

TISBE. Es porque te adoro. Angelo Malipieri se atrevia á hablarme de celos; cree que está celoso y piensa al mismo tiempo en otras cosas. El que está celoso no se acuerda de Venecia, no piensa en el Consejo de los Diez, en los esbirros, en los espías ni en el canal de Orfano; solo piensa en los celos. Por mí lo comprendo, Rodolfo, que no puedo verte hablar con otras mujeres, porque me ofende hasta que las hables. ¿Qué derecho tienen ellas á tus palabras? Guárdate de que tenga una rival, porque la mataría. Yo te amo,

eres el único hombre que he amado en mi vida triste y monótona, que ahora rebosa de gloria y de placer. Quisiera haberte conocido diez años antes. Estoy loca de alegría cuando consigo hablarte á solas. Ves qué loca estoy? ¿Y tú me amas?

ROD. Quién podría no amaros, Tisbe?

TISBE. Si no me tuteas me incomodo. Estoy pensando que es preciso que vaya á atender algo á mis convidados... Pero dime antes; me parece que estás triste desde hace algun tiempo. ¿Es verdad que estás triste?

ROD. No, Tisbe.

TISBE. Tienes alguna pesadumbre?

ROD. Ninguna.

TISBE. Estás celoso?

ROD. No.

TISBE. Pues yo quiero que lo estés, porque sino creeré que no me quieres. Vamos, fuera pesares. ¿Hay alguno que sepa que no eres mi hermano?

ROD. Anafesto y nadie más.

TISBE. Es tu amigo, y de ese no hay nada que temer. (Entra ANAFESTO GALEOFA.) Aquí viene. Voy á dejarte con él un rato. Señor Anafesto, os encargo que no le dejéis hablar con ninguna mujer. (Riendo.)

ANAFESTO. (Sonriendo.) Cumpliré el encargo.

Váse LA TISBE.

ESCENA III.

RODOLFO, ANAFESTO GALEOFA y HOMODEI durmiendo.

ANAF. Es muy hermosa! ¡Eres muy feliz porque te ama semejante mujer!

ROD. Anafesto, no soy feliz, porque yo no la amo.

ANAF. Qué dices?

ROD. (Reparando en HOMODEI.) ¿Quién es ese hombre que está durmiendo?

ANAF. Un pobre músico; no lo sabes?

ROD. Ah! Sí, el idiota.

ANAF. ¡Pero es posible que no ames á la Tisbe!

ROD. Ya que he tenido la franqueza de confesártelo, olvídale.

ANAF. Es una mujer divina!

ROD. Lo conozco, pero no la amo.

ANAF. Pero por qué?

ROD. No me lo preguntes.

ANAF. Un amigo como yo...

LA TISBE entra y corre hácia RODOLFO sonriéndose.

TISBE. Vengo corriendo para decirte que te amo, y me vuelvo á marchar. (Váse corriendo.)

ANAF. Pobre Tisbe!

ROD. Existe en el fondo de mi vida un secreto que yo solo conozco.

ANAF. Algun dia me lo confiarás, ¿no es verdad? Hoy estás muy sombrío, Rodolfo.

ROD. Sí; déjame solo un momento.

Váse ANAFESTO. RODOLFO se sienta en el banco inmediato á la puerta, apoyando la cabeza en las manos. En cuanto desaparece ANAFESTO, HOMODEI abre los ojos, se levanta del banco y vá á colocarse lentamente detrás de RODOLFO, que sigue embebido en su meditacion. Poco despues pone la mano en el hombro de RODOLFO; éste se vuelve y le mira con espanto.

ESCENA IV.

RODOLFO y HOMODEI.

HOMODEI. Vos no os llamais Rodolfo, os llamais Ezzelino de Romana; pertenecéis á una antigua familia que reinó en Pádua y que está proscrita desde hace dos siglos. Vagais de ciudad en ciudad con nombre supuesto, y os atreveis á pasar alguna vez á los Estados de Venecia. En dicha ciudad, y en la iglesia de San Jorge, cuando teniais veinte años, visteis una mujer muy hermosa. No la seguisteis, porque sabiais que seguir en Venecia á una mujer es ir á buscar una puñalada; pero volvisteis muchas veces á la iglesia y la jóven tambien; os enamorásteis de ella y ella de vos. Sin saber quién era, porque hasta ahora lo ignorais, y sabiendo solo que se llamaba Catalina, encontrásteis medio de escribirla y de recibir contestacion, consiguiendo además que os diese citas en casa de una mujer llamada la beata Cecilia, y llegó al más alto grado la pasion de ambos, pero sin menoscabo para la virtud de Catalina. No pudisteis averiguar de ella sino que era noble, y la veneciana noble solo puede casarse con un patricio ó con un rey; vos sois veneciano y vuestra familia proscrita ha dejado de imperar. Catalina faltó un dia á la cita, y la beata Cecilia os dijo que la habian casado, y fuisteis tan poco afortunado, que os quedásteis tambien sin saber el nombre del marido. Salisteis de Venecia y desde entonces habeis corrido toda la Italia, sin poder olvidar al idolo de vuestros amores, y os entregásteis inútilmente á los placeres, á las distracciones, á las locuras y á los vicios; en vano os habeis empeñado en amar á otras mujeres, á esta cómica, por ejemplo; el amor antiguo renace cada vez más para vos. Hace tres meses que vinisteis á Pádua con la Tisbe, fingiéndoo hermano suyo; el podestá se ha enamorado de ella, y os

ha sucedido lo que vais á oír. Una tarde, el 16 de Febrero, pasó junto á vos en el puente del Molino una mujer que os cogió de la mano y os condujo á la calle de San Pedro. En dicha calle quedan las ruinas del antiguo palacio Magaruffi, que demolió vuestro antecesor Ezzelino III; en las ruinas hay una cabaña, y en la cabaña visteis á la mujer de Venecia que amais y os ama hace siete años. Desde entonces la seguiais, viéndola tres veces por semana en la misma cabaña, y hasta hoy se ha mantenido fiel á su amor y á su honor, á vos y á su esposo. Continúa ocultando su nombre. El mes pasado se interrumpió de repente vuestra felicidad, porque Catalina dejó de ir un dia á la cabaña, pues su marido empezó á desconfiar y no la permite salir de casa. En vano la buscareis por todas partes; ni la habeis encontrado ni la encontrareis. ¿Quereis verla esta misma noche?

ROD. (Mirándole con fijeza.) Pero quién sois?

HOM. No me preguntéis, porque no os responderé: quereis verla esta noche?

ROD. Sí, sí, quiero verla; quiero verla un instante, aunque tenga que morir.

HOM. La vereis.

ROD. Dónde?

HOM. En su casa.

ROD. Pero decidme quién es, cómo se llama.

HOM. En su casa os lo diré.

ROD. Sois un ángel que me envia el cielo.

HOM. No lo sé. Esta noche al salir la luna, á media noche, estad en la esquina del palacio de Alberto Baon, en la esquina de la calle de San Urbano. Allí estaré yo y os guiaré. Os espero á la media noche.

ROD. Os lo agradezco en el alma, pero decidme quién sois.

HOM. Quién soy? un idiota.

Váse.

ROD. Quién será este hombre!... ¡A media noche la verá! ¡Catalina mia, en cámbio de la hora que me prometen hubiera dado la vida!

ESCENA V.

LA TISBE y RODOLFO.

TISBE. Soy yo otra vez, que no puedo pasar mucho tiempo sin verte. No puedo separarme de tí y te sigo por todas partes. Soy la sombra de tu cuerpo y tú eres el alma del mio.

ROD. Pues te advierto, Tisbe, que mi familia viene sujeta á una fatalidad; pesa sobre nosotros una predicción, un destino, que se ha cumplido casi inevitablemente de padres á hijos: damos la muerte á las personas que nos aman.

TISBE. Pues bien, me matarás; con tal de que me ames...

ROD. Tisbe...

TISBE. Luego me llorarás; con eso me contento.

ROD. Tisbe, merecis el amor de un ángel.

Le besa la mano y se vá lentamente.

TISBE. Y se vá! Y me deja! ¿Qué es lo que le pasa? *(Mirando hácia el banco.)* Ya se ha despertado Homodei.

ESCENA VI.

TISBE y HOMODEI, que sale por el fondo.

HOM. *(Hablándose á sí mismo.)* Rodolfo se llama Ezzelino; el aventurero es príncipe, el idiota tiene ingenio, el hombre que duerme es un gato que acecha. Ojos cerrados, oídos abiertos.

TISBE. Qué está diciendo!

HOM. *(Enseñando la guitarra.)* Esta guitarra tiene cuerdas que suenan como se quiere. El corazón del hombre y el corazón de la mujer tienen cuerdas que también se pueden hacer sonar.

TISBE. ¿Qué me quieres dar á entender con eso?

HOM. Que si casualmente perdeis hoy un buen mozo, que lleva pluma negra en el sombrero, yo sé dónde le podreis encontrar esta noche.

TISBE. En casa de alguna mujer?

HOM. En casa de una mujer rubia.

TISBE. Qué dices! Quién eres?

HOM. No lo sé.

TISBE. No eres lo que yo creía, como opinaba el podestá; eres un hombre peligroso. ¿Rodolfo estará esta noche en casa de una mujer?

HOM. No lo sé.

TISBE. Mientes, es imposible; Rodolfo me ama.

HOM. No lo sé.

TISBE. Mientes, miserable! eres un hombre pagado. ¡También tengo yo enemigos! Pero Rodolfo me ama y no conseguirás alarmarme. Te llevas chasco, porque no me hacen efecto tus palabras.

HOM. Habreis observado sin duda que monseñor Angelo Malipieri lleva pendiente de la cadena del cuello una joya de oro primorosamente trabajada;

la joya es una llave: fingid deseos de conseguirla y pedídsela, sin decirle el uso á que la vais á destinar.

TISBE. Dices que es una llave? No se la quiero pedir. Márchate de aquí, no quiero oírte más.

HOM. Precisamente aquí viene el podestá. Cuando consigais que os entregue la llave os explicaré cómo teneis que servirlos de ella esta noche: dentro de un cuarto de hora volveré.

TISBE. ¿Pero no me has entendido, miserable? Te digo que para nada quiero la llave, que tengo confianza en Rodolfo y que no hablaré de esto al podestá. Es inútil que vuelvas, porque no te creo.

HOM. Hasta dentro de un cuarto de hora.

Váse.

ESCENA VII.

LA TISBE y ANGELO.

TISBE. ¿Otra vez aquí, monseñor? ¿A quién buskais?

ANGELO. A Virgilio Tasca, al que necesito hablar.

TISBE. Estais celoso todavía?

ANGELO. Lo estoy siempre.

TISBE. A qué vienen esos celos? No los comprendo. Yo amaria mucho á un hombre, pero no estaria celosa de él.

ANGELO. Eso lo decís porque no amais á nadie.

TISBE. Sí; amo.

ANGELO. A quién?

TISBE. A vos.

ANGELO. Será posible! ¡No os burleis de mí! Repetid lo que me habeis dicho.

TISBE. Os amo.

Se acerca jovialmente al podestá y le coge la cadena que lleva al cuello.

¡Qué joya tan preciosa y tan bien trabajada! No me habia fijado en ella nunca... Debe ser obra de Benvenuto Cellini. Parece á propósito para una mujer.

ANGELO. Una sola palabra vuestra ha inundado mi corazón de alegría.

TISBE. Me alegro; pero ¿no me direis qué es esta joya?

ANGELO. Es una llave.

TISBE. Nunca lo hubiera acertado. Pero es verdad; es una llave.

ANGELO. Sí, Tisbe mia.

TISBE. Ya que es una llave, para nada la quiero; quedaos con ella.

ANGELO. Pero la deseábais, Tisbe?

TISBE. Como está tan bien cincelada...

ANGELO. Tomadla.

Quita la llave del collar.

TISBE. Si hubiera sabido que era una llave, no os hubiera hablado de ella. No, no la quiero, que os puede hacer falta.

ANGELO. Raras veces. Además, tengo otra; podeis tomarla.

TISBE. ¡Pero si no me ha de servir para nada! Parece imposible que se puedan abrir puertas con esta llave tan pequeña.

ANGELO. Estas llaves son para cerraduras secretas. Con ésta se abren muchas puertas, entre otras la de un dormitorio.

TISBE. Ya que lo exigís absolutamente, la tomo.

ANGELO. Os agradezco que hayais aceptado un recuerdo mio.

TISBE. Ahora recuerdo que el embajador de Francia en Venecia, el mariscal Mondere, tenia una llave semejante. Pero monseñor, me parece que Virgilio Tasca os vá buscando por esa galería.

ANGELO. Sí, pero...

TISBE. No teniais que hablarle?

ANGELO. Sí, pero me sabe mal que venga, porque viene á arrancarme de vuestro lado.

TISBE. *(Señalándole la galería.)* Por allí...

ANGELO. *(Besándole la mano.)* ¿Conque me amais, Tisbe?

TISBE. Id, que os aguarda Tasca.

Sale ANGELO. HOMODEI aparece en el fondo del teatro y LA TISBE corre hácia él.

ESCENA VIII.

LA TISBE y HOMODEI.

TISBE. Tengo la llave.

HOM. Veamos. *(Examinándola.)* Esta es. En el palacio del podestá hay una galería que cae al puente del Molino; ocultaos allí esta noche detrás de una cortina, donde querais. Despues de las dos iré á buscaros.

TISBE. Te recompensaré bien. *(Dándole una bolsa.)* Ahora toma este bolsillo.

HOM. Como querais; pero dejadme concluir. A las dos de la noche iré á buscaros. Os indicaré la primera puerta que debeis abrir con esta llave. Despues me retiraré, porque para nada me necesitareis; no teneis otra cosa que hacer más que seguir siempre adelante.

TISBE. ¿Qué encontraré despues de la primera puerta?

HOM. Otra puerta, que también abre esta llave.

TISBE. Y despues?

HOM. Otra puerta; esta llave las abre todas.

TISBE. Y despues de la tercera puerta?

HOM. Ya lo vereis.

JORNADA SEGUNDA

El crucifijo

Una cámara cubierta de tapices de color de escarlata, bordados de oro. En un ángulo á la izquierda una cama magnífica sobre un estrado, con pabellon de cortinas que puedan correrse y ocultarla enteramente. En el ángulo de la derecha un balcon abierto; más acá una puerta oculta en la tapicería, y al lado un reclinatorio; encima, y colgado en la pared, un crucifijo de metal bruñido. En el fondo una puerta de dos hojas; entre esta puerta y la cama otra puerta pequeña y muy adornada. Mesa, sillones, candeleros y un aparador; sobre la primera una guitarra.

ESCENA PRIMERA.

DAFNE, REGINELLA; despues HOMODEI.

REGINELLA. Es cierto, Dafne; me lo ha referido Troilo, que sabes que es el ujier de noche. Eso ha sucedido en el último viaje que la señora hizo á Venecia. Un esbirro, un infame esbirro se atrevió á amarla, á escribirla y á pedirla una cita. La señora le hizo echar á la calle. Hizo muy bien.

DAFNE. Hizo bien; pero no te olvides que la señora está esperando el libro de devociones.

REG. *(Arreglando algunos libros sobre la mesa.)* La otra aventura es tan cierta como esa, pero mucho más terrible. Solo por haber avisado á su señor de que habia encontrado un espía dentro de la casa, el pobre Palinuro murió de repente aquella misma noche... por supuesto, de veneno. Te aconsejo que seas muy prudente y que mires lo que hables, porque en este palacio las paredes oyen.

DAFNE. Bien; despacha pronto, que la señora está esperando.

REG. Si tanta prisa tienes, vé delante, que allá voy yo. *(Váse DAFNE y vuelve á cerrar la puerta sin que lo advierta REGINELLA.)* Sobre todo te encargo, Dafne, que guardes silencio en este maldito palacio; solo en este aposento se puede hablar con seguridad; únicamente aquí es donde una está segura de que nadie le oye.

Mientras pronuncia estas últimas palabras, se abre el aparador, que deja pasar á HOMODEI sin que lo advierta REGINELLA; en seguida vuelve á cerrarse el aparador.

HOM. Este es el único sitio donde estamos seguros de que nadie nos oye.

REG. Cielos! (Asustada al ver á HOMODEI.)

HOM. Silencio.

Abre la túnica y deja ver su jubon de terciopelo negro, en el que están bordadas de plata las tres iniciales C. D. X., que lee aterrada REGINELLA.

Quando se llega á ver á uno de nosotros y se nos delata á alguno, aunque no sea más que por señas, el que nos delata no acaba el día sin morir.

REG. ¿Pero por qué puerta ha entrado?

HOM. Por ninguna.

REG. Jesús!

HOM. Contesta á mis preguntas y ten cuidado de engañarme... que te vá en ello la vida. A dónde dá esta puerta?

Señalando la puerta del fondo.

REG. Al dormitorio de monseñor.

HOM. Y ésta?

Señalando la puerta pequeña que está junto á la grande.

REG. A una escalera secreta que comunica con las galerías de palacio. Solo tiene la llave de ella monseñor.

HOM. Y ésta?

Señalando la puerta que hay junto al reclinatorio.

REG. Al oratorio de la señora.

HOM. Tiene salida ese oratorio?

REG. No; el oratorio está en una torrecilla, y solo tiene una ventana con reja.

HOM. (Asomándose al balcon.) Estará al nivel del balcon... bien. Ochenta piés de pared perpendicular y abajo el rio Brenta. La reja está puesta por puro lujo. En el oratorio hay una pequeña escalera. ¿A dónde sube?

REG. A mi cuarto, que es tambien el de Dafne.

HOM. Tiene alguna salida ese cuarto?

REG. No, monseñor; solo tiene una ventana enrejada y la puerta que conduce al oratorio.

HOM. En cuanto entre tu señora, te subes á tu cuarto y permaneces allí sin oír y sin decir nada.

REG. Obedeceré.

HOM. Dónde está tu señora?

REG. En el oratorio rezando.

HOM. Viene en seguida aquí?

REG. Sí, monseñor.

HOM. Tardará aun media hora?

REG. Creo que no tanto.

HOM. Pues bien, vete, y sobre todo silencio. Nada te importa lo que aquí pueda suceder. Nada digas, porque tú no me has visto ni sabes quién soy yo.

Si aventuras una palabra, yo la oiré; si haces un guiño con el ojo, yo lo veré. Vete.

REG. ¡Dios mio, quién estará destinado á morir!

HOM. Tú, si hablas. (A una señal de HOMODEI se vá por una puerta pequeña que hay al lado del reclinatorio. HOMODEI se acerca al aparador, lo abre y dice:)

Monseñor Rodolfo, ya podeis subir; tenéis que ascender nueve escalones.

ESCENA II.

HOMODEI y RODOLFO embozado en la capa.

HOM. Entrad.

ROD. Dónde estoy?

HOM. Dónde estais? Tal vez en la escalera del patíbulo.

ROD. Qué quereis decir?

HOM. ¿Habeis oido hablar de una cámara que existe en Pádua, cámara perfumada, llena de flores y quizá de amor, en la que no puede penetrar ningun hombre, porque poner los piés en ella es un crimen que se castiga con la pena capital?

ROD. He oido hablar de esa cámara; es la de la mujer del podestá.

HOM. Precisamente.

ROD. Y qué?

HOM. Que estais en esa cámara.

ROD. En la de la mujer del podestá?

HOM. Sí.

ROD. En la de la mujer que yo amo?

HOM. La mujer que amais se llama Catalina Bragadini, y es esposa de Angelo Malipieri, podestá de Pádua.

ROD. ¡Catalina es la esposa del podestá!

HOM. Si teneis miedo, es tiempo aun. La puerta está abierta; marchaos.

ROD. No tengo miedo por mí, sino por ella; quién me responde de vos?

HOM. Os lo diré. Hace ocho dias que á hora bastante avanzada de la noche pasábais por la plaza de San Prodocino. Ibais solo. Oisteis ruido de espadas y gritos detrás de la iglesia y acudisteis allí corriendo.

ROD. Acudí y libré á un hombre enmascarado de tres asesinos que querian matarle.

HOM. Ese hombre, sin descubrirse y sin daros las gracias, se fué; ese enmascarado era yo, monseñor Ezzelino, y desde aquella noche os estoy agradecido. Por gratitud quiero acercaros á la mujer que amais. Os fiais ahora de mí?

ROD. Sí, y os lo agradezco en el alma. Temí alguna traicion respecto á ella, y me acabais de quitar un peso del corazon. Deseo ser vuestro amigo toda la vida, porque habeis hecho más por mí que yo por vos. Me era imposible vivir más tiempo sin ver á Catalina.

HOM. Conque os quedais?

ROD. No me he de quedar! Me fio de vos enteramente. Quiero verla una hora, un minuto... Dónde está?

HOM. En su oratorio.

ROD. Y dónde la veré?

HOM. Aquí.

ROD. Cuándo?

HOM. Antes de un cuarto de hora.

ROD. Oh, Dios mio! Vendrá sola?

HOM. Oid lo que os digo. (Señalándole to-

das las puertas.) La puerta del fondo es la del dormitorio del podestá; allí está durmiendo, y como nadie vela en palacio más que Catalina y nosotros, no correis ningun peligro. El sitio por donde hemos entrado es un secreto que no puedo comunicaros, pero al amanecer os será muy fácil salir de aquí. No os aconsejo que salgais por el balcon, porque la pared de la casa es perpendicular y tiene ochenta piés y cae recta al rio. Ahora tengo que dejaros.

ROD. ¿Me habeis dicho que la veré dentro de un cuarto de hora?

HOM. Sí.

ROD. Vendrá sola?

HOM. Tal vez no, y mejor será que os escondais.

ROD. Dónde?

HOM. En el balcon, y así podreis salir cuando os parezca... Creo que ya menean las sillas en el oratorio; Catalina vá á venir y es hora de que nos separemos.

ROD. (Despidiéndose.) Quien quiera que seais, sabed que cuanto poseo es vuestro, incluso la vida. (Se esconde en el balcon.)

HOM. (Esa ya no os pertenece.)

Deja una carta encima de la mesa y desaparece por el aparador. Salen por la puerta del oratorio CATALINA y DAFNE.

ESCENA III.

CATALINA, DAFNE y RODOLFO en el balcon.

CATALINA. Hace ya más de un mes que no le veo, Dafne, y me parece una eternidad. Si pudiese conciliar el sueño, quizás soñando le veria. Pero no puedo dormir. Dónde está Reginella?

DAFNE. Se ha subido á su cuarto y está rezando. ¿Quereis que la llame, señora, para que os sirva?

CAT. Dejadla servir á Dios, dejadla que rece.

DAFNE. Quereis que cierre el balcon?

CAT. No, no... nada puede distraerme; sufro mucho, Dafne. Hace cinco semanas que no le veo. No cierres el balcon, que la cabeza me arde. Es imposible que le vea; estoy encerrada, estoy presa, y entrar en esta cámara es incurrir en pena de muerte. ¡Si se atreviese á entrar aquí temblaria por su vida! Dios mio! ¿por qué no he ahogado este culpable amor, por qué él ha venido á Pádua, por qué hemos dado pábulo á una pasion que deberia morir tan pronto? Solo le veia una hora, pero esta hora tan corta me daba fuerzas para vivir y para esperar. Dafne, crees que volveré á verle?

DAFNE. Señora...

CAT. Conozco que no soy como las demás mujeres, pues me repugnan las distracciones, los placeres y las fiestas; hace cerca de siete años que solo vivo para el amor, que solo vivo para un hombre, para Rodolfo. Era tan niña cuando empecé á quererle, y como luego me casaron contra mi voluntad... ¿Crees que así puede ser feliz alguna mujer? ¡Oh, si hubiera vivido mi madre!...

DAFNE. Desechad esas tristes ideas, señora...

CAT. ¡Qué horas tan dulces hemos pasado juntos algunas veces!... Veo, Dafne, que mi tristeza te aflige, y yo no sé hablar de otra cosa... Vete á dormir, que te estará esperando Reginella.

DAFNE. ¿Quereis que os desnude, señora?

CAT. No, vete.

DAFNE. Que os guarde el cielo, señora.

Váse por la puerta del oratorio.

ESCENA IV.

CATALINA y RODOLFO.

CAT. Recuerdo que me cantaba una cancion sentado á mis piés y con voz melodiosa, cancion escrita para mí. (Toma la guitarra.) Si no me engaño, ésta era la música de aquella melodía. Quisiera acordarme de la letra. Daria la vida por oír-sela cantar otra vez.

ROD. (Cantando desde el balcon.)

Con la lazada de los amores unió á mi alma tu corazon nuestro destino, que en hora aciaga, que en dia horrible nos separó. Yo soy la lira, tú eres el canto,